

SERMON.

SIN LA FE ES IMPOSIBLE AGRADAR Á DIOS.

PARA EL JUÉVES DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA
DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

O mulier, magna est fides tua : fiat tibi sicut vis.

O mujer, grande es tu fe : cúmplase lo que deseas.

S. Mateo, c. 15. v. 28.

Quando el Rey profeta se vió en la triste necesidad de elegir una de las tres plagas con que determinó el Señor castigar al pueblo escogido, aún pudo exclamar con sobrada verdad, que eran demasidamente grandes y dignas de alabanza las misericordias de Dios (1). David elige la peste devastadora por espacio de tres dias como la mas suave, ó la ménos terrible de aquellas plagas; y aunque en este corto período ve bajar al sepulcro setenta mil hombres, consternando á todo su pueblo la horrorosa presencia de la muerte que le amenaza con una entera desolacion, pudo sin embargo asegurar con toda certeza, que aún eran demasidamente grandes las misericordias del Señor. Todos aquellos azotes no eran mas que correcciones de un prudente y amoroso padre, que deseaba por aquellos medios, aunque fuertes, librar á sus hijos de una desgracia incomparablemente mas cruel, á que se habian hecho acreedores cerrando sus oídos á las voces de su misericordia. El castigo digno de temerse, el compendio y como término de todas las desgracias y males, es aquel de que con un énfasis elocuentísimo se

(1) II. Reg. c. 24. v. 14.

lamenta el mismo Dios, quando por uno de sus profetas exclama (1): *vae eis, cum recessero ab eis.* ¡Ay de aquel pueblo, ay de aquella nacion, á quien Dios abandona y deja de mirar como heredad suya! ¡Ay de aquella nacion desventurada, que llegue á sumirse en el abismo de la infidelidad! Eterna é irremediamente será presa infeliz de una muerte cruel y desesperada, por perder la fe, que es el fundamento de la salud y de la vida.

Quando veo en la historia la deplorable suerte de la deicida Jerusalem, la entera desolacion de aquel suntuoso y admirable templo, y el vergonzoso abatimiento á que se vió reducido aquel pueblo, luego que arrojó de su corazon la fe del verdadero Dios, ay de la España, digo! ay de nosotros, si á imitacion de los judíos seguimos provocando con nuestros desórdenes la ira del Señor hasta el extremo de obligarle á privarnos de este don preciosísimo! Quanto mayores han sido los dones y beneficios que su misericordia infinita nos ha dispensado, tanto deberán ser mas terribles los efectos de su justicia, si tenemos la temeraria osadía de despreciarlos, arrojando de nosotros, como aquel pueblo ingrato, las creencias religiosas.

Á fin de evitar esta enorme desgracia, que es irremediable, si no se mejoran nuestras costumbres, he creído oportuno recordaros la indispensable necesidad de la fe para conseguir la vida eterna. El Evangelio de este dia nos presenta un ejemplo de las gracias que el Señor suele dispensar, aún en esta vida, á los que prestan un verdadero asenso á sus palabras. Preséntase inflexible á los ruegos y súplicas de la Cananea y de los apóstoles que intercedieron en su favor, y hubiera continuado en su resolucion, si la fe de esta mujer no le hubiera conmovido hasta el extremo de exclamar en alta voz: *O mujer, mucha, muy grande, muy viva es tu fe; recibe en premio de ella la salud de tu hija, que tan vivamente deseas.*

¡Ojalá que mis palabras os inspiren una fe semejante á esta, para que podáis conseguir, no iguales, sino mayores bienes que la Cananea; como son los de la gracia, sin los cuales no se puede conseguir la vida eterna. Pidámoselo muy de veras al Señor por la intercesion de su bendita Madre. *Ave Maria.*

(1) Osee, c. 9. v. 12.

Es una conocida y temeraria imprudencia el querer constituir el hombre juez árbitro en los asuntos que no entiende, y mucho mas en aquellos que no puede entender, por ser muy superiores á la esfera de su capacidad. Tales son por lo comun los delirios de los filósofos en materia de Religion. ¿No es, suelen decir con afectacion y arrogancia, no es una verdadera injusticia el querer violentar la razon del hombre, para que crea lo que no llega á comprender, y asegure ser verdadero lo que en su opinion no puede ménos de ser falso? ¿Á qué puede conducir, ó con qué objeto se nos propone como necesaria la ridícula creencia del misterio de la Trinidad? ¿Cómo es posible que asienta nuestra razon á un misterio, tan repugnante, tan imposible? Para creerlo hemos de persuadirnos á que Dios es uno solo, y al mismo tiempo tres; que las tres personas que le suponen, son real y efectivamente distintas, y sin embargo que todas son semejantes, igualés en naturaleza, en eternidad, en poder, en todo; que su naturaleza es una sola, la misma; que esta existe ántes de sí misma, que ha sido engendrada, verdadera y propiamente hablando, siendo ingenerable y eterna. No es posible discurrir acerca de semejante misterio sin tropezar á cada paso en una multitud de absurdos, de contradicciones que lo hacen absolutamente increíble, y aún repugnante.

Esto mismo sucede, si tratamos de penetrar el de la encarnacion del Verbo eterno. Y un Dios infinitamente bueno ¿se podrá divertir en tener en esta cruel y continua tortura la humana razon, que ha criado para que conozca la verdad? Y lo que es mas extraño aún, un Dios infinitamente sabio, ¿consentirá en que dependa la felicidad única del hombre del asenso á unas proposiciones tan ridículas y absurdas? Dios crió y destinó á todos para la gloria. Estos misterios no son igualmente creídos, ni aún propuestos en todas partes, y sería una desigualdad monstruosa, una insoportable injusticia hacer felices á unos por sola la circunstancia de haber visto la primera luz del dia en el país en que se creen como verdades reveladas, y excluir á otros de la felicidad, porque tuvieron la desgracia de nacer en donde las desecharon sus padres como ficciones humanas, como inventos de la supersticion y del fanatismo. ¿Por qué se ha de hacer al hijo responsable de la incredulidad de sus padres? No estando en la esfera de sus atribuciones la eleccion de la patria en que haya de recibir la vida, ¿por qué ha de influir

tan poderosamente esta impertinente circunstancia en la diferencia de suertes que han de cabernos por toda la eternidad?

Por medio de estos pueriles discursos, partos legítimos del orgullo y la ignorancia, supónese triunfante de la Religion el filósofo atea, y se cree autorizado para declamar á cara descubierta contra la revelacion y la Providencia. Insensato! ¿Quién es el hombre para tener la insolencia de llamar á su Dios á cuentas, y pedirle razon de sus acertadas disposiciones? El autor de nuestra naturaleza ha dispuesto que sea razonable el obsequio de nuestra fe (1), por lo que ha fundado su creencia en una razon tan sencilla, que sin dificultad convence á todos los que de propósito no se obstinan en cerrar sus ojos á la verdad, cual es la de que lo dice el que no puede engañarse ni engañarnos; pero al mismo tiempo determinó que los misterios sean esencialmente oscuros en esta vida; muy superiores, mas no contrarios á la razon. De donde se infiere, que quiso vincular á la humildad de nuestra fe el mérito para nuestra gloria.

El mérito para la gloria? Sí, señores; de nada pueden servir aquí las ponderadas luces de la razon, y el incrédulo se ve precisado á confesar con los católicos que todas las conjeturas, cavilaciones y sofismas de la prudencia humana no pueden servir de regla para conocer lo que depende solo de la voluntad divina. La gloria que esperamos, como de un órden muy superior á toda la naturaleza, es una pura gracia que quiere dispensarnos la bondad y beneficencia de nuestro Dios; es un don que á ninguno debia, aunque estuviéramos todos adornados de la inocencia que por desgracia no tenemos; es un beneficio extraordinario que nadie puede merecer abandonado á sus propias fuerzas, y que por un puro efecto del divino amor se prepara, se ofrece, y efectivamente se dispensa á todos los que deseen disfrutarlo. Y ¿quién será el temerario que pretenda dictar leyes y fijar condiciones á Dios, para que le conceda lo que de ningun modo le debe? Siendo la gloria una propiedad exclusivamente suya, que á todos pudiera negar sin faltar á las leyes de la justicia, de la equidad y del órden, sin que nadie pudiera con razon quejarse, es evidente que solo á él pertenece establecer las condiciones y requisitos que haya de tener el hombre para adquirirla.

(1) *Rom. c. 12. v. 1.*

Pero ¿cómo sabremos, si el Señor de hecho las ha establecido, y cuáles sean en su caso? Dependiendo esto solamente de su libre voluntad, solo podemos llegar á conocerlo por su misma revelacion. Tratemos pues de consultarla.

Para derribar el espíritu tentador al hombre del derecho que con la vida le habia concedido Dios á la gloria inmortal, dió principio á su infernal proyecto inspirándole con astucia algunas dudas: trató de persuadirle ser inverosímiles, del todo falsas las palabras que Dios le habia dirigido, y que no tenian mas objeto que burlar su credulidad, tener siempre cerrados sus ojos y oscurecida su razon, para que no discurriera con libertad acerca de las verdades que mas le interesaban. Esto es precisamente lo que pretenden de nosotros los enemigos de nuestra fe: se valen de las mismas escandalosas lisonjas, echan mano de las mismas arterías y sugeriones, son en fin unos verdaderos satélites de Lucifer. Y ¿es posible que no se avergüencen estos mentecatos, que no huyan del comercio y sociedad de los demas hombres á sepultar su confusion en el mas escondido asilo, al ver tan perfectamente descubierto el origen de su ilustracion? Por no querer sujetar su orgullosa razon á la infinita sabiduría de su Dios, se someten, toman por maestro al espíritu del error y de la mentira, y de tal modo siguen sus abominables instrucciones, que no osan añadir una sola palabra á lo que él dijo en el principio del mundo. Su sugestion es idéntica, es una misma: por sus bocas se comunica la voz del dragon infernal. Comparád las expresiones de los unos con las del otro, y no advertiréis la mas mínima diferencia. Examinád con detencion y prudencia cuál sea el verdadero principio de la seduccion, y aprendéd á temerla y detestarla: de lo contrario experimentaréis infaliblemente los mismos resultados que los primeros hombres. Tuvieron estos la imprudencia de dar asenso á las falsas voces de Satanás, negándose con una impía desfachatez al infinitamente verdadero é incapaz de engañarnos; y en aquel mismo momento se vieron sumidos en el abismo de la ignorancia mas deplorable, de la mas absoluta ceguedad. Aún se hicieron incapaces de hallar el camino, por donde pudieran salir de aquel intrincado y horroroso laberinto, y su razon, rodeada de tinieblas, no podia discurrir medio alguno para libertarse de la enorme miseria en que se habian sepultado. Tal era su estupidez, que cuando Dios los buscó para ofrecer-

les el remedio, se ocultaron, huyeron de su vista, creyendo poder sustraerse á su severa mirada, al golpe de su justa indignacion. Sin duda alguna hubiera sido irremediable y eterna su desgracia, si la bondad infinitamente sábia y poderosa del Señor no hiciera un esfuerzo propio suyo para librarlos de ella. Y viendo que la soberbia, la ambicion, el orgulloso deseo de la independenciam los habia conducido al extremo de poner en duda sus palabras, determina humillar su razon obligándolos á cautivarla en su obsequio, y hacerles creer sin el menor recelo verdades incomparablemente mas elevadas, arcanos mucho mas sublimes, misterios que jamas pudieran comprender; y solo por este medio, bajo esta precisa condicion, les promete su reconciliacion y la bienaventuranza para que los habia criado. Ofréceles en unas cláusulas, no ménos oscuras que breves, la venida de su Hijo al mundo, para reparar la falta que ellos habian cometido en perjuicio suyo y de sus descendientes; y á la fe y esperanza en este divino Salvador vincula la salud eterna de todos los mortales, de tal suerte que nadie, absolutamente nadie puede ya ser salvo sino por este medio (1). Les anuncia al Mesías, como el único salvador de todos los hombres, y esto mismo recuerda á cada paso en sus Escrituras, segun que los hombres aumentan su ingratitud para con él; y cuanto mas indignos se hacen, tanto mas eficaces y persuasivas son sus promesas. La perversidad y corrupcion del mundo llega á exceder la medida de la infinita misericordia, de tal modo que se hace indispensable una destruccion universal; y aún en este caso dispone que no perezcan todos los vivientes, sino que se conserven algunos, aunque pocos, para perpetuar en el mundo la memoria de este divino libertador: y estos se salvaron por disposicion suya en el arca misteriosa, símbolo el mas expresivo de la Iglesia, en que se depositan con todo esmero las indestructibles verdades de la Fe.

Discurra como quiera el filósofo, aumente, cuanto le plazca, las dificultades, pondere la incredibilidad ó imposibilidad de las verdades reveladas, busque razones especiosas para eludir las, y aún ridiculizar las obras de la Omnipotencia; solo conseguirá hacer ostensibles su orgullo y su incapacidad para comprender lo que excede los límites de su razon. Deténgase en buen hora

(1) Act. c. 4. v. 12.

á discurrir acerca de esta circunstancia que acabo de notar; suponga como limitado el poder de Dios, si no alcanzó á salvar la familia de Noé fuera del arca, ó como ridículo este medio, si pudo hacerlo sin valerse de él: el cristiano respetando siempre todo cuanto procede de una providencia infinitamente sábia, conocerá que pudo sin dificultad alguna salvar la vida de los hombres fuera del arca, y aún evitar que les tocara una sola gota de agua, cuando el universo entero se hallaba sumergido. ¿Quién osará desconocer esta virtud en la mano que formó de la nada el universo entero? Pero que sin embargo no lo hizo, precisamente porque no quiso hacerlo, porque no fué esa su voluntad. Tal es la fe del católico, que se abstiene de penetrar aquellos arcanos que la Omnipotencia parece quererle ocultar de intento; por cuya razon solo supone acerca de esta circunstancia, que habiéndose hecho los hombres indignos de la vida, y siendo un puro efecto de la divina bondad el dispensar á algunos este beneficio, á nadie quiso concederle sino por este medio. Noé y sus hijos creyeron en sus palabras, á cuya fe debieron su salvacion, siendo por tanto muy razonable que perecieran los que opusieron una necia incredulidad. Borróse la memoria de estos con su muerte, y la de aquellos se perpetuó en la fe, que cerrada con ellos en el arca misteriosa, conservaba y habia de trasmitir á su posteridad el recuerdo de la venida del Mesías. La humildad de la fe no nos permite pasar mas adelante.

La vida de todos los patriarcas, las predicciones de los profetas, la institucion de los sacrificios, las ceremonias todas de la ley de Moises, y la providencia con que el pueblo escogido fué libertado del yugo de Faraon, protegido en el Desierto y poseionado de la Palestina, todo contribuía á renovar la augusta promesa y la necesidad de creer y esperar la venida del libertador, para participar el fruto de su sacrificio. Las figuras mas expresivas fueron la sangre del cordero, con que mandó señalar en el Egipto las puertas de las casas, para librar de la muerte á los primogénitos de los hebreos, y la serpiente de metal que dispuso se levantara sobre un palo en el Desierto, para que á su vista sanasen los israelitas de las mordeduras de las serpientes verdaderas, que de otro modo eran incurables, y conducian á una muerte pronta y desesperada. Esta última es tan clara que no necesita explicacion alguna. La mordedura de la

serpiente era mortífera, sin que todos los recursos de la medicina, sin que toda la naturaleza ofreciera un solo remedio capaz de curarla; y con una cosa tan fácil, y á juicio de los incrédulos tan impertinente como era el mirar solamente una imagen del reptil que los habia mordido, quedaban sanos en el momento. Y para que la figura fuera aún mas demostrativa, hace poner Moises, inspirado del mismo Dios, el signo milagroso en lo alto de un madero, á fin de que á nadie le sea lícito dudar que es un símbolo del Redentor de los hombres, colocado en lo alto de la cruz: objeto que si miran con los ojos de la fe los miserables, heridos de muerte con el pecado del primer hombre, asegurarán la vida del alma, absolutamente imposible de recobrase por otro medio. El Hijo del hombre, nuestro divino redentor Jesucristo, manifestó por su misma boca la interpretacion verdadera de aquel signo, diciendo (1), que así como Moises hizo levantar en el Desierto la serpiente, así seria él mismo elevado en un infame madero, para que todos cuantos mirándole crean sinceramente ser el Hijo del Eterno, no perecan, como perecerán sin remedio todos los que se resistan á creerlo, sino que consigan la salud eterna en recompensa de su fe. En no creyendo, continúa el Salvador (2), no se necesita ya nuevo juicio; desde el mismo momento quedan sentenciados á una muerte eternamente desgraciada, *porque yo soy el único camino por donde se puede llegar á la gracia de mi eterno Padre*, y ninguno ha llegado, ni es posible que se acerque jamas, dirigiéndose por otra via.

Con mucha frecuencia se encuentra repetida esta verdad en el Evangelio. La vida eterna, se dice en una parte (3), consiste en conocer al eterno Padre y á su enviado Jesucristo. El incrédulo, se dice en otra (4), nunca disfrutará la verdadera vida, sino que será siempre el objeto de la divina indignacion. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; mas el que no crea, irremediamente quedará condenado (5). Aún para recibir las aguas salutíferas del sacro bautismo, se establece como punto necesario la verdadera fe, y por eso el Salvador dispuso y mandó expresamente que fuesen instruídos en sus augustos misterios los que hubieran de ser bañados en ellas. El apóstol san Felipe, ántes de bautizar al eunuco de la reina Candace, que con tan vivas ansias se lo suplicaba, le exigió la confesion, y le

(1) Joann. c. 3. v. 14. et 15. (2) Ibid. v. 18. (3) Joann. c. 17. v. 3.
 (4) Joann. c. 8. v. 24. (5) Marc. c. 16. v. 16.

obligó á repetir que creía de todo corazon que Jesucristo era hijo verdadero de Dios (1).

No quiero detenerme á recopilar testimonios, que aunque innumerables, no tendrian mas autoridad que la que presta uno solo. Los Concilios de Florencia y de Trento, los Padres san Ireneo, san Juan Crisóstomo, san Agustin, san Bernardo, la Iglesia universal, todos los teólogos católicos convienen unánimes y prestan apoyo á mi asercion. Compadécense todos de la suerte de aquellos, que, como de los bramires refiere un historiador cristiano, presentan un género de vida en un todo semejante al de los mas austeros anacoretas, y porque les falta la fe, perecen irremediamente; no porque la infidelidad sea pecado en los que nunca oyeron las verdades reveladas, sino porque la culpa que contraen con la naturaleza, y la que añaden por lo ménos no reconociendo y amando al verdadero Dios, luego que empiezan á usar de su razon, no puede remitirse sino por los méritos del Redentor del género humano; y estos no se comunican á los que no tienen noticia de la redencion. Sin necesidad pues de mas pruebas, creo haberos persuadido de la necesidad de la fe para conseguir la felicidad, y del orgullo de los filósofos que se oponen á creer los misterios que nos ha revelado el Señor, solo porque no alcanza á comprenderlos su débil razon. Infelices! no advierten que se hacen mas acreedores, y experimentarán con mas rigor la ira de Dios en el dia de las venganzas, que aquellos otros que no creyeron la revelacion, por no haber llegado á sus oídos.

Cautivemos nuestra razon en obsequio de la fe: renovemos las promesas que hicimos á Dios en el bautismo, puesto que ya se ha roto por nuestras infidelidades la escritura que hizo él con nosotros en aquella sagrada ceremonia. Pidámosle sin intermision su divina gracia; importunémosle, hagámosle una especie de violencia como la Cananea del Evangelio: no desmayemos por mas que aparente repelernos como á ella, que por fin viendo nuestra constancia, nos concederá sus divinos auxilios, con los que venceremos la resistencia que pueda oponer nuestra orgullosa razon á creer las verdades reveladas, por mas difíciles é inconcebibles que le parezcan; y consiguiendo agradar á Dios en esta vida, nos haremos acreedores al premio inmortal, prometido á los verdaderos creyentes. Amen.

(1) Act. c. 8. v. 36 et 37.

SERMON.

DE LA GENEROSIDAD DE LA RELIGION CRISTIANA PARA CON LOS PECADORES.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA
DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Vis sanus fieri?... Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.

Quieres ser sano?... Levántate, toma tu lecho, y anda.

S. Juan, c. 5. v. 6 y 8.

¡Qué débiles son los esfuerzos del hombre, cuando los emplea contra los designios de la Omnipotencia! ¿Qué ha conseguido la impiedad, desde el origen ó establecimiento de la Religion, con poner en ejercicio todos sus ardidés, y en movimiento todos sus resortes, para arrancarla del corazon de los discípulos del Crucificado? ¿Qué ha adelantado con esparcir por todas partes multitud de libros seductores, de folletos adornados con una excesiva profusion de las envenenadas flores de una falsa elocuencia, de escenas escandalosas, de decretos impíos, de aterradoras amenazas, de dicterios picantes, todo con el depravado fin de retraer de la fe á los verdaderos creyentes? Apenas el cristiano empieza á sentir que ceden en parte estas traidoras sugerencias, cuando se dispone á romper las cadenas de su opresion, declama contra el estado de violencia en que se le ha tenido; y como la inclinacion natural redobla sus esfuerzos

(1) En la pág. 163 del tomo primero de los sermones de *Mision*, hay uno de Neuville para este dia sobre la necesidad de servir á Dios desde la juventud.